

de su Imperio, que dejarse abatir por la política francesa.

Desde ese instante la idea de abdicación quedó desechada, al menos por lo pronto, y aceptada de antemano la decisión de la junta que para nadie era dudosa, supuestas las personas que la formaban: se mandaron recoger los equipajes ya embarcados y se cambió de rumbo por la centésima vez. Aunque el autor hace alusión á esa carta, no le da todo el valor que parece tuvo.

No era posible que aquel hombre de carácter caballeroso, voluble y sin iniciativa ni penetración, resistiese á tanta y tan desbordante presión.

Grande fué la sorpresa y el disgusto de Castelnau, cuando supo aquel cambio de ideas que tanto contrariaba á Napoleón, así es que trató entonces de influir porque se volviese á la idea de abdicación, y como desconfiase de Bazaine, hizo redactar, con fecha 8 de diciembre, una declaración concebida en estos términos: «Los infrascriptos, después de haber examinado bajo todas sus faces la cuestión mexicana, han decidido hacer constar que no ven más que una solución posible para salvar los intereses que se ventilan: la abdicación del Emperador.....» la cual firmaron él como enviado especial de Napoleón, el mismo Mariscal y el Ministro de Francia.

Armado con ese documento, Castelnau en unión de Danó logró por fin una entrevista con Maximiliano el día

22 en la quinta de Xonaca, cerca de Puebla, y allí, cuando agotados los argumentos en favor de la retirada se añadió que Bazaine pensaba del mismo modo y que no veía salvación sino en ese medio, en apoyo de lo cual se leyó la declaración citada; Maximiliano, sacando un papel de su escritorio, contestó: «He aquí un documento más fresco;» y les mostró un despacho de la víspera, en el cual el jefe francés le decía, que en su concepto bien podría conservar su corona y que él haría esfuerzo por sostenerlo y organizar las tropas mexicanas. Ante la turbación de los representantes de Napoleón, agregó con malicia y complacencia, según la Relación de Castelnau citada por Ollivier: «Parece que no estais habituados á los modos de obrar del Mariscal; en cuanto á mí, estoy acostumbrado á ellos y sé muy bien cuánto se puede fiar en él.»

No fueron, pues, ni las engañosas instancias de los conservadores, como indica el Sr. Blasio, ni la ambición desenfrenada de Maximiliano, como pretende el Sr. Bulnes, las que lo retuvieron en mala hora: fué la respetable voz de su madre, que le hacía patente su dignidad herida en el seno mismo de su familia y en los ámbitos de su propia patria, á la vez que las mentidas promesas del Mariscal que le mostraban todo el doblez con que procedían sus antiguos aliados.

Instruido el Emperador de Francia por un telegrama de Castelnau, del

cambio de resolución del Archiduque, ordenó al punto por un cablegrama *ab irato* que también se repatriara la legión extranjera formada de austriacos y belgas, que según el manoseado Tratado de Miramar, debería permanecer un año después de la retirada de los franceses. Por eso dice con justicia Ollivier: "Se violaba ese compromiso. Se le habían quitado al príncipe sus aduanas y ahora se le quitan sus soldados. No se contentaban con abandonarlo, sino que se le espoliaba y se le desarmaba."

Apenas llegado á la Hacienda de la Teja, el 5 de enero de 1857, (aunque se dice en el libro que el 6) de vuelta de aquel conato de fuga, y cuando lo felicitaban sus Ministros y altos funcionarios, no bien había terminado la comida, cuenta el autor, que llegó al Coronel de la Gendarmería, D. Feliciano Lamadrid, un telegrama urgentísimo en que se le anunciaba que al salir de Cuernavaca las tropas austriacas, había sido asaltada la plaza por los republicanos, que se habían apoderado de ella.

"Los invitados se retiraron profundamente emocionados, preguntándose qué iba á suceder en breve, si á veinte leguas de la capital se presentaban los liberales y se apoderaban de una ciudad."

Se dió permiso á Lamadrid para salir luego en persecución de los asaltantes, y al día siguiente nuevo telegrama anunciando la muerte de aquel

valiente. «Maximiliano no pudo contener su emoción y se humedecieron sus ojos.»

A una demostración tan gráfica de que no podían sostenerse las fuerzas imperialistas, se añadieron instancias ya francas de Bazaine, quien no pudiendo ponerse frente á la política de su amo, declaraba que se había ya convencido de que era imposible el sostenimiento del trono, después de la retirada de la legión extranjera, por lo cual el único medio de salvarse estaba en la tan discutida abdicación.

En cambio de semejante variación por parte del Mariscal, también en el ánimo de su interlocutor se había operado con respecto á su persona, pues lejos de mostrarle el mal concepto que había expresado á Castelnau quince días antes, ahora le llamaba «su mejor amigo en quien tenía depositada toda su confianza.»

Nuevas vacilaciones en aquel soñador y nueva junta de altos funcionarios para examinar el caso. El señor Blasío no refiere la impresión que haya causado en el ánimo de su personaje esta segunda asamblea, ni habla una sola palabra de ella, probablemente por no tener que censurar la indecisión que mostraba, pues como declaró uno de los asistentes (Fonseca) votaba porque la cuestión no se volviera cada mes á discutir!

En esta segunda vez sí creo que Maximiliano deseaba que se pronunciase por la abdicación para que le abriesen

así una puerta honrosa de retirada; porque en el cortísimo intervalo del 25 de noviembre en que se reunió el consejo de Orizaba, al 14 de enero en que tuvo lugar el de México, había cambiado notablemente la faz del Imperio: pues Escobedo con sus tropas se había apoderado de San Luis y Zacatecas; Corona de Jalisco; el General Martínez de Tulancingo, & &, quedando en fin reducido á México, Veracruz, Puebla y Querétaro; de suerte que lo que en noviembre era una previsión, en enero se había trocado en desesperante realidad.

Sin embargo, de los treinta y cinco consejeros que allí se reunieron, sólo votaron por la abdicación siete, que fueron: Bazaine, Robles Pezuela, López-Portillo, Cortés Esparza, Pérez, Cordero y Sarabia, salvando sus votos los Sres. Labastida y Barajas.

Quien fué objeto de mil elogios por su conducta, fué el señor Don Alejandro Arango y Escandón, notable literato y honorabilísima persona, quien lanzó una terrible catilinaria contra el Mariscal, á quien despidió con la célebre frase de Pablo IV al Duque de Guisa: «Idos, nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro Soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.» Muy acreedor era Bazaine á tan cariñosa despedida; pero tocaba al Sr. Arango, miembro de la Junta de Notables en 1863, que había abdicado la soberanía nacional en Napoleón III,

*remitiéndose á su benevolencia, renegar de su obra para asumir el papel de víctima?*

¿Podía ser sincero cuando aconsejaba ‘luchar hasta el fin por conservar el principio monárquico en México, base y elemento esencial de la vida, del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria,’ á pesar de que él mismo con su buen juicio dudaba de la exactitud de los datos ministeriales examinados á infundir confianza:—once millones de pesos y 20,000 soldados--y estaba oyendo al Mariscal decir que con 30,000 franceses y 22,000 mexicanos no había podido pacificar el país?

De los demás, uno, Murphy, dijo que los disidentes no eran sino banda de ladrones; Márquez, que las ciudades que se encontraban en poder del enemigo, se declararían bien pronto, como en otras veces, imperialistas; un tercero, García Aguirre, que si faltaban soldados debería hacerse uso de la recluta forzada, y si faltaba dinero, debería tomarse de donde lo hubiera; otro, que existían once millones de pesos disponibles y 20,000 soldados, y, por fin, Villalba, que el Emperador había ofrecido quedarse y que lo conjuraba para que cumpliera su promesa. [Dr. Rivera, Anales, pág. 219 y sig.]

Todo era pasión, mentira y egoísmo! Puede decirse que esa Junta fué el Congreso de guerra que condenara á muerte al desgraciado príncipe.

Después renació el disgusto entre el Emperador y el Mariscal, al grado de

cortar toda relación y de no volver á verse ni aun para despedirse.

Se concentraron las tropas francesas, y por fin, el 5 de febrero evacuaron á México, marchando á la cabeza de sus regimientos Bazaine y Castelnau y pasando por Palacio para tomar las calles de Jesús y salir al camino de Veracruz. Al abandonar el país, el Mariscal cometió los más censurables actos de deslealtad, clavando cañones, inutilizando material de guerra, ofreciéndolo en venta á los republicanos etc. No se sabrá criticar suficientemente su conducta.

Era un verdadero militar, pero no tenía aptitudes para haber ayudado en aquella ardua empresa. Había en Francia tal deseo de que volviese el cuerpo expedicionario, que al verlo desembarcar en Tolón, se olvidaron las faltas para elogiar aquella ordenada retirada. La inmensa mayoría del ejército se desbordaba en sospechas y censuras contra su jefe.

Pocos meses antes, al participar el Gobierno de las Tullerías á las Cámaras que iba á retirarse ya el Cuerpo expedicionario, por medio de Mr. Rohuer, el Ministro sin cartera, el elocuente Rohuer, el Vice Emperador, como se le llamaba entonces, dijo que el ejército francés había traído á México, bajo el pliegue de sus banderas, la victoria, la civilización, la justicia y una buena organización financiera; pero estaba tan acostumbrado á mentir, á engañar á la Francia, á defender tantas tiranías, que buen cuidado tuvo de

callar que aquel ejército se había presentado violando la palabra empeñada solemnemente por Saligny y Jurien de la Graviere en los Convenios de la Soledad, y se retiraba faltando á sus compromisos de Miramar. Habían llegado engañando á Juárez y se iban engañando á Maximiliano.

Hablaban de victoria los que se declaraban impotentes para vencer la resistencia republicana; invocaban la civilización los que quemaban los pueblos, diezmaban á sus habitantes, fusilaban á los prisioneros; hacían referencia á la justicia, quienes habían emprendido una guerra sin causa contra una nación débil; mencionaban el orden en la administración aquellos que, si bien no pudieron arreglar una sola aduana, en cambio supieron organizar el contrabando hasta abrir una gran tienda, á la cual se llamaba «Los precios de Bazaine.»

Con razón D' Hericault declara con calor que «Obtuvimos (con la expedición francesa) *en todo y con una regularidad matemática*, resultados *exactamente contrarios* á los que habíamos previsto, esperado y procurado.—Ibamos á reclamar cantidades que se debían á la Francia: éstas se han doblado.—Ibamos á vindicar nuestro prestigio en México y hemos sido burlados.—Ibamos á vengar á nuestros nacionales insultados: hoy se les podría quemar vivos sin que tuviésemos medios de obtener ni una excusa.—Ibamos á restaurar nuestro comercio y lo hemos

dejado más arruinado que nunca.—  
Ibamos á conquistar á esas gentes y á  
establecer un Imperio, y nos han obli-  
gado á partir y han matado á nuestro  
emperador, principalmente porque era  
nuestro. Fuimos á regenerar á un pue-  
blo y á establecer la paz, y hoy la anar-  
quía es más violenta que nunca.....  
Fuimos á salvar á este pueblo de las  
garras de los Estados Unidos: se en-  
cuentra más en ellas.--Fuimos en nom-  
bre de la Europa á debilitar la Amé-  
rica, y los yankees han hecho retroce-  
der á la Europa.....» (pág. 397 y sig.)

Para tanta ignominia que constituía,  
según una frase célebre, el más brillante  
pensamiento del reinado de Napoleón,  
se habían gastado novecientos millo-  
nes de francos y se había derramado  
mucho sangre. Nunca se quiso precisar  
el número de víctimas, porque cuando  
acerca de eso se interrogó algún día al  
Ministro de la Guerra, contestó desde lo  
alto de la tribuna: «Nuestros soldados  
no cuentan antes del combate á sus  
adversarios como no cuentan después el  
número de sus muertos.» Preciosa retó-  
rica á la que supo contestar al punto  
el ilustre Berryer: «No, nuestros sol-  
dados no cuentan sus muertos; pero  
aquí en Francia hay madres, hijas y  
esposas que sí los han contado.» Tam-  
bién en México hubo quien contara los  
muertos!

A los ocho días de la evacuación de  
México por los franceses, salía el Em-  
perador al frente de dos mil hombres,  
con Márquez, el Ministro García Agui-

rre, Pradillo y Ormaechea, oficiales de  
órdenes, el Dr. Bash y Blasio. ¿A dón-  
de iba? ¿A qué iba? El mismo lo ig-  
noraba, y el señor Blasio sólo nos dice  
que «De acuerdo con sus generales ha-  
bía dispuesto ponerse al frente del ejér-  
cito y seguir la campaña en el interior  
del país.» Tal decisión, según supo-  
nía él, no dejaría de levantar el ánimo  
de las tropas, muy decaído con la de-  
rrota de Miramón» [pág. 308]

Lo cierto es que marchaba, víctima  
de su debilidad, empujado por la ma-  
no de Lares y de Márquez. El día 9  
de febrero acababa de escribirle á su  
Ministro: «.....Cada resolución adop-  
tada para terminar la guerra civil nos  
conduce á encenderla más, y donde  
quiera que se intenta consolidar el Im-  
perio, corren torrentes de sangre, sin ob-  
tener la menor ventaja. Se esperaba que  
una vez emancipado el Imperio de la  
Intervención, nuestra acción se haría  
sentir de una manera saludable en fa-  
vor de la paz. Desgraciadamente ha su-  
cedido lo contrario, y si los hechos para  
siempre lamentables de S. Jacinto y Mon-  
te de las Cruces nos sirven para abrirnos  
los ojos, constituirán el recuerdo más  
amargo del Imperio. Mucho se pro-  
metía de la habilidad, de la aptitud,  
de la lealtad y del prestigio de los Ge-  
nerales Mejía, Miramón y Márquez.  
El primero ha dejado el servicio so-  
pretexto de su estado de salud; el se-  
gundo ha sacrificado casi sin comba-  
tir, en la primera batalla que ha dado,  
todos los elementos que se le habían

confiado; el tercero, después de haber arrancado todo por los medios más violentos.....ha ordenado una expedición mal calculada.....Al mismo tiempo el tesoro está agotado.....

En situación tan crítica.....espero, pues, que tenga Ud. á bien indicarme con la prontitud que las circunstancias exigen, las medidas que Ud. juzgue oportunas para desenlazar la crisis actual.....”

Claro se ve, como dice el Sr. Dr. Rivera: “Maximiliano trataba de la suspirada abdicación, y Lares le contestó despachándolo á Querétaro para la *solución* del negocio. ¡Pobre Príncipe!” [Anales, pág. 225]

“Ese consejo, ha dicho un escritor, sólo pudo ser dado por un traidor y seguido por un imbécil.” Era realmente inexplicable que el soberano abandonase la capital, desafiando los peligros de una campaña seria, contra la opinión de Lacunza, al frente de una insignificante brigada, para marchar al interior en los momentos en que Escobedo acababa de desbaratar á Miramón en San Jacinto, y cuando el autor del libro nos refiere que la expedición tuvo que aplazarse un día por no haber podido reunirse los fondos necesarios: cincuenta mil pesos. ¿Dónde estaban los millones de pesos y los millones de soldados de que habían hablado quince días antes los Ministros?

El Sr. Bulnes supone que Maximiliano marchó á Querétaro guiado por su ambición, al saber que algunas personas

le habían ofrecido allí á Miramón, según refiere Alvarez, que desconociera el Imperio y puesto á la cabeza del ejército y del partido conservador, se declarase jefe supremo de la Nación, proposición que, aunque desechada caballerosamente, se hizo saber luego al Emperador, por el Comisario D. Domingo Pazos, y le causó viva inquietud. No creo que tenga fundamento sólido tal hipótesis, porque nunca había estado Miramón en peores circunstancias para promover cualquier movimiento contra su gobierno, pues derrotado enteramente el 1º de febrero, había acabado por completo con las tropas que formaban su división, y habría bastado en esas circunstancias que se le hubiese llamado á México á pretexto de organizar nuevas tropas para separarlo del teatro de la intriga y hacer desaparecer cualquiera temor.

Se nos cuenta que un poco más adelante de Tlalnepantla, á cuatro leguas de la capital, se encontró la columna imperial con la primera guerrilla republicana que empezó á tirotearla: era la última demostración de lo que podía esperar el Archiduque, puesto que en las goteras de México se le atacaba con tal audacia, que debió necesariamente pensar que no podía dar un paso sin encontrar enemigos por todas partes.

Mas cualquiera idea triste que pudiera haberle asaltado, se disipó ante los festejos que le hicieron al recibirlo

en Querétaro. Eran los últimos ecos de alegría.

El 19 llegó allí, siendo recibido por sus principales generales. Mejía había llegado con el resto de sus tropas que pudo sacar de San Luis; Miramón, que se había unido á Castillo, con las que éste logró el triunfo de La Quemada; Liceaga con las fuerzas que salvó de Guanajuato.

De esa suerte se hizo irrealizable el pensamiento de Maximiliano de establecer su cuartel imperial en Lagos, como punto más céntrico del país, y apenas llegado á Querétaro, se supo que el enemigo marcharía sobre esa plaza.

Es curioso recordar que en aquellos momentos en que el príncipe había dado muestras de tanta ineptitud política, el General Escobar, como Prefecto de la ciudad, lo felicitara diciéndole con toda seriedad: «Señor: la posteridad dará á V. M. con verdadera justicia el título de Maximiliano el Grande.»

Pero cuenta el señor Blasio una anécdota de terrible importancia. «En la tarde del día de la llegada, dice, se sirvió un banquete al que no asistió el Soberano, y allí Márquez pronunció un brindis lleno de sarcasmo y de ironía contra la juvenil temeridad de Miramón y se refirió á su último desastre. Este valiente y leal militar, pálido de ira, se contuvo, sin embargo, y brindó secamente por el ejército.» (pág. 322) Igual cosa nos había ya referido el Dr. Bash. (pág. 145)

Y necesitaba comprobarse un hecho tan insignificante en sí, pero de tan grande trascendencia, porque con él se demuestra que la rivalidad, el odio y la pasión entre aquellos hombres, columnas sostenedoras del Imperio, no reconocían límites ni ante la lealtad debida, ni ante el peligro común.

Ya en Querétaro el General Márquez, siguiendo sus procedimientos de engaño y falsía, tuvo la audacia de escribir al Sr. Larcs, Presidente del Consejo de Ministros: «No puede Ud. figurarse, querido amigo, todas las ventajas que hemos obtenido con esta expedición del Emperador. Su Majestad ha podido ver personalmente *que no hay palabra de verdad sobre lo que se me ha dicho respecto de la situación del país.* Lo que presentaban al Emperador como otras tantas brigadas y divisiones del ejército juarista, obrando de concierto y obedeciendo á ese centro común, no se compone, S. M. lo ha visto, sino de miserables partidas de malhechores, que, lejos de estar unidas esas gentes, viven en completa anarquía, se hacen la guerra los unos á los otros, é incapaces de batirse, huyen al primer tiro de nuestras tropas, sea cual fuere el número.» Y todavía ha tenido Márquez para justificarse de tan desleal proceder la ocurrencia de decir que esa carta, por el hecho de ser confidencial, sólo contenía su juicio privado; que fué el resultado de las noticias que respecto del enemigo había recibido en Querétaro,—probablemente de

los que habían sucumbido en Santa Gertrudis, San Jacinto y Guanajuato, ante los que huían al primer tiro;—y que “al escribir así, cumplió con lo que previene la Ordenanza al prohibir que se hagan elogios del enemigo.”!! (Manifiestos, pág. 121).

Es extraño que el Sr. Blasio nada refiera del rompimiento entre Márquez y Miramón, con motivo de haber sido el primero nombrado General en Jefe del Ejército, quedando el segundo con el mando de la infantería; pues dió lugar á un acto de insubordinación por parte del antiguo Presidente conservador, que declaró en una carta poco conforme á la Ordenanza, que renunciaba su puesto y sólo lo conservaría hasta el primer combate con el enemigo, pues no podía quedar á las órdenes de aquél.

“El General Márquez, habiendo estado á mis órdenes, nunca podré considerarlo como mi superior. Preferiría retirarme á la vida privada más bien que recibir un golpe tan duro, que heriría mortalmente mi dignidad, ni amor propio, y estaría en oposición con todos mis antecedentes.” Victoriosamente refutó Márquez estas apasionadas aseveraciones, diciendo: “Yo comencé mi carrera militar de cadete, en enero de 1830, antes que naciera Miramón..... En consecuencia, el año de 1854 yo era ya General graduado y mandaba una brigada en Toluca, á la cual pertenecía el batallón de California, de donde era comandante, esto es,

último jefe acabado de ascender en esos días, D. Miguel Miramón, á quien conocí entonces, sirviendo á mis órdenes como mi subordinado, en un grado tan distinto al mío.”

Tal fué la respuesta de Miramón al brindis de Márquez, y como asegura el Lic. Alvarez, este incidente que explica una rivalidad profunda entre los dos caudillos, es necesario tenerlo presente porque será la clave de uno de los pasos que se dieron en Querétaro.

(Hist. de Méx, tom. 6, pág. 410)

Maximiliano tuvo que someterse á tanta exigencia y tomó entonces el mando en jefe, no obstante que había declarado en un principio, con sinceridad y modestia, que él era marino y no militar, nombrando á Márquez, Jefe de Estado Mayor.

A pesar de estos preliminares que en nada se compadecen con la sinceridad y la subordinación, todas las operaciones del ejército imperial en Querétaro están rodeadas de tal nimbo de luz, que son pocas, muy pocas, las personas que no aparecen deslumbradas y que han llegado á formarse una idea exacta. Y es que los defensores de la plaza mostraron un valor tan heroico, una resistencia tan obstinada, una voluntad tan firme, que cubrieron con eso poridades vergonzosas. Y después, todavía la sangre de tan ilustres víctimas parece como que detiene al mismo juicio de la Historia. Pero para ella sólo la verdad es respetable y



nada ni nadie se subtrae á su definitivo fallo.

Digo esto porque cuando la opinión popular muestra el sitio de Querétaro como una serie no interrumpida de actos de heroísmo, de abnegación y de lealtad, la verdad histórica nos lo pinta como el desencadenamiento de todas las más viles pasiones: el egoísmo, la envidia, la ambición y la mentira, todas ellas cubiertas con el brillante ropaje del valor audaz.

El simple recuerdo de los principales acontecimientos puede dar una idea exacta.

El Sr. Blasio asegura que las fuerzas imperialistas reunidas en Querétaro, se componían de nueve mil hombres, y aunque esa es aseveración de otros muchos autores, creo, sin embargo, que debe fijarse en 10,000, por que es la cifra que parece indicar el Gral. Márquez y es la que dan Paul Gaultot y otros escritores, exclusión hecha de los republicanos.

Ahora bien, "Escobedo se dirigía á Querétaro por el camino de San Luis Potosí, y Corona por el de Acámbaro, separados los dos ejércitos por una distancia de cincuenta leguas.—En el acto Miramón, comprendiendo la situación tirante en que se hallaban, insistió con Maximiliano para que le permitiera atacar á Escobedo, contando las fuerzas imperiales casi con igual número de hombres que los republicanos.—Esperaba Miramón, que batida la primera fuerza se podría luego caer

sobre la otra, alentados los imperialistas por la primera victoria.—Aseguraba, además, con mucha justicia y conocimiento de causa, que esa era la única probabilidad de salvación, pues reunidas las fuerzas de Escobedo y Corona, sería muy difícil el triunfo. *Pero bastaba que tal proposición viniera de Miramón, para que Márquez se opusiera*, y como éste gozaba de absoluta preponderancia en el ánimo del Emperador, prevaleció la opinión del segundo y permanecemos en la más absoluta inacción, permitiendo á los Grales. Escobedo y Corona que tranquilamente reunieran sus fuerzas y comenzaran á cercar la ciudad el seis de marzo." [pág. 332].

Todos los que se han ocupado de la campaña de Querétaro, acusan la ineptitud del Ejército Imperial, al permitir la reunión del Ejército del Norte con el de Occidente, y aunque el distinguido historiógrafo D. F. Iglesias Calderón, siguiendo á D. Juan de D. Arias, cree que las marchas tan precisas de Escobedo y Corona hicieron imposible el que se les combatiese separadamente, me aparto de su autorizada opinión y atribuyo semejante falta á los móviles manifestados por el Sr. Blasio.

No cabe duda que en la junta de guerra, celebrada el 22 de febrero, Miramón propuso salir al encuentro del enemigo, señalando el 26 para la partida. Así consta en el acta respectiva citada por Ramírez Arellano [Últimas horas del Imperio, pág. 46], y aunque

fué aprobada tal iniciativa, poco después se cambió de resolución, atribuyendo algunos el cambio á falta de recursos para poder movilizar las tropas; pero esa no puede ser la verdadera razón, porque si bien es cierto que estaban agotados los \$50,000 sacados de México, también lo es que se impuso en la ciudad un préstamo forzoso de ciento cincuenta mil pesos, que estaba hecho efectivo en su totalidad antes del 1º de marzo. (Paul Gault, *Fin d'Empire*, pág. 280]. El Lic. D. Ignacio Alvarez, testigo presencial, pero muy adicto á Márquez, dice que "la salida del ejército fijada ya para el 26 de febrero, para encontrar al enemigo y batirlo en detall, al fin no tuvo lugar, porque varias personas de la ciudad, apoyadas en su petición por el General Mejía, solicitaron no se dejara sola la plaza, temiendo la ocupación de ella por los republicanos, y entonces el Emperador resolvió esperar la llegada del General Olvera con fuerzas de la Sierra." [Estud. sobre la Hist. de Méx. tom. 6º, pág. 411]

Eso mismo asegura Márquez en su Manifiesto (pág. 134) pero Ramírez Arellano sostiene que habiéndose resuelto la salida para el 26, «entonces fué cuando Márquez influyó secretamente en el Emperador para que esa salida no se efectuase» (Últimas horas, pág. 44)

El testimonio de Blasio viene hoy á hacerle la misma inculpación, que cuenta además con toda la verosimili-

tud, pues mientras es poco creíble que el Emperador se guiara en tan decisivos momentos por el parecer de Mejía, en quien no tenía especial confianza, es por el contrario muy probable que siguiera la opinión del Jefe de Estado Mayor que á la sazón gozaba de más crédito que ninguno de sus generales.

Para juzgar de toda la importancia de aquella inacción, hay que tener presente que el 26 de febrero Maximiliano tenía en Querétaro diez mil veteranos con 44 cañones mandados por los más entendidos y valerosos generales, Miramón, Márquez, Mejía, Castillo, Méndez, Ramírez Arellano etc. mientras que Escobedo se desprendía de Dolores Hidalgo y San Miguel con 10,000 hombres, Corona salía de Acámbaro con 7,000 soldados, median-do entre ambos una distancia de más de cincuenta leguas. Siguiéron sus marchas con mucha precisión, pero hasta el día 4 de marzo en que llegaron las tropas de Corona á Apaseo y situaron unas caballerías avanzadas en dirección de Escobedo, en aptitud de protegerse mutuamente se hizo ya muy difícil todo movimiento ofensivo de parte de los imperiales. A partir del 4, dice el Coronel Becker, todo movimiento ofensivo vino á hacerse muy peligroso y el 6 enteramente imposible. Tuvieron por tanto estos por lo menos seis días disponibles para ejecutar el plan de Miramón que contaba con todas las probabilidades

de éxito, pues si cuando el ejército de Occidente aún no acampaba en Celaya donde su número se elevó á 10,000 por habersele incorporado el Gral. Aranda con 3,000, hubiera sido atacado, tal vez no habría podido resistir porque de aquellas tropas apenas se contaban cinco mil soldados bien organizados. Era esto tan natural, que comprendiendo el Gral. Corona que el enemigo tendría noticias del estado de sus fuerzas y que de su lado estaba la parte débil, temía un ataque de un momento á otro, por lo que tres leguas antes de llegar á Celaya al observar una lejana polvareda, mandó formar en batalla y aguardó hasta que fué desengañado por sus exploradores. De esa suerte el Jefe del Ejército de Occidente llegó á marcar sobre su camino el punto exacto y conveniente donde debió ser combatido.

La derrota de ese cuerpo de ejército habría dejado á Miramón en aptitud de alcanzar por lo menos la retaguardia de Escobedo que no habría podido resistir tampoco á un ejército victorioso y aumentado con todos los prisioneros que hubiese hecho. Esto habría cambiado la faz de los sucesos y habría prolongado por un año cuando menos la existencia del Imperio: sobre todo, habría salvado al Emperador.

Al contrario de aquella imprevisión y abandono, Escobedo y Corona desafiando el peligro cerraban por todos lados la retirada á los imperialistas,

que se verían expuestos á sucumbir sin remedio.

Perdida esa única oportunidad de evitar el sitio, se celebró en los primeros días de mayo un consejo de guerra en el cual Miramón declinó su responsabilidad diciendo: «El 22 del último mes, S. M. nos hizo reunir y entonces se resolvió que saliésemos de Querétaro el 26 con el objeto de combatir al enemigo parcialmente. Nada se hizo por razones que ignoro, pero el resultado inmediato de esta inercia ha sido que las tropas disidentes se han concentrado al frente de nosotros. Ha habido, pues, una falta cometida contra las reglas del arte militar» (Ult. horas pág. 46) En este consejo, como dice el Sr. Blasio, se resolvió no atacar al enemigo, sino presentarle la batalla y esperar la ofensiva.

El 6 de marzo salió Maximiliano de la ciudad al frente de su ejército, hasta formar un ángulo cuyo vértice estaba en el Cerro de las Campanas, extendiéndose el lado derecho hacia el Norte hasta la garita de San Miguel y el izquierdo hasta la Casa Blanca. El ejército republicano estaba aún muy lejos y sólo podía ver sus vanguardias, pues ese día Corona se hallaba con el grueso de su fuerza en la Hacienda de Calera, á cinco leguas de Querétaro, teniendo sus caballerías en la Estancia de las Vacas, que dista tres leguas.

La moral de las tropas imperialistas era excelente en esos momentos; así es